



Seix Barral

Yasunari Kawabata

La bailarina de Izu

Prólogo de María Martoccia





Seix Barral

Yasunari Kawabata

La bailarina de Izu

Traducción de María Martoccia

ÍNDICE

7 Maestro de la desilusión, *por María Martoccia*

UNO

- 15 La bailarina de Izu
51 Diario de mi decimosexto año
89 Aceite
99 Experto en funerales
111 Recolección de cenizas

DOS

- 119 Hurra
123 La princesa del palacio Dragón
127 El camino de monedas
135 Castidad bajo los tejados
137 La luna
141 Enemigo
143 Una mujer
147 Amor aterrador
149 Belleza Equina
153 El mar
157 Manos

-
- 163** Sala de espera de tercera clase
167 El reloj
171 Historia
175 Lugar de nacimiento
179 Ramas de pinos quemadas
187 Una oración en lengua materna
195 La puesta de sol

LA BAILARINA DE IZU

1

Casi en el momento en que el camino comenzaba a serpentear y yo finalmente me daba cuenta de que estaba cerca del desfiladero Amagi, una cortina de lluvia proveniente del pie de la montaña se precipitó sobre mí a una pavorosa velocidad, pintando de blanco los tupidos bosques de cedro.

Tenía yo veinte años. Llevaba mi gorra de estudiante, un *hakama* sobre el kimono azul índigo, y acarreaba un bolso estudiantil sobre el hombro. Era el cuarto día de mi solitaria travesía por la península de Izu. Había estado una noche en las termas de Shuzenji, luego dos noches en Yugashima. Y ahora, calzado con altos zuecos, trepaba por Amagi. Aunque me había sentido fascinado por las capas, una sobre otra, de las montañas, los bosques vírgenes y los matices del otoño en los valles profundos, caminaba de prisa por ese sendero, el corazón laténdome con cierta ansiedad. No mucho después, grandes gotas de lluvia comenzaron a azotarme y disparé por el empinado y sinuoso camino. Sentí alivio al llegar a la casa de té en la ladera norte del desfiladero, pero me detuve bruscamente

en el umbral. Mi ansiedad se veía colmada con extremo esplendor. La compañía de actores itinerantes estaba dentro, descansando.

Tan pronto como la bailarina se dio cuenta de mi presencia, tomó el almohadón sobre el cual estaba arrojada, lo dio vuelta y lo colocó cerca de ella.

—Sí —es todo lo que dije antes de sentarme. La palabra «gracias» se me quedó atascada en la garganta. Estaba sin aliento tanto por haber corrido por el camino como por el asombro.

Sentado bien cerca, frente a la bailarina, hurgué para sacar un cigarrillo de la manga del quimono. La joven tomó el cenicero que se hallaba delante de su compañera y lo colocó cerca de mí. Naturalmente, no hablé.

La bailarina aparentaba tener unos diecisiete años. Llevaba el cabello arreglado de manera elaborada, con un estilo anticuado, inusual y poco familiar para mí. Aunque hacía que su sorprendente rostro oval pareciera pequeño, creaba una bella armonía. Daba la impresión de ser una de esas muchachas de las ilustraciones de las antiguas novelas, retratadas para enfatizar la extravagancia de sus peinados. La bailarina estaba acompañada por una mujer cuarentona, dos muchachas mayores y un hombre de unos veinticinco años que llevaba puesta una chaqueta con la insignia de las termas de Nagaoka.

Yo había visto a la compañía dos veces antes. La primera vez que la encontré, cerca del puente Yugawa, me hallaba camino a las termas de Yugashima mientras ellos se dirigían a Shuzenji. Había tres muchachas en el grupo. La bailarina transportaba un tambor. Después de que nos cruzamos, me di vuelta una y otra vez para mirarlos. Por

fin experimentaba lo novelesco de viajar. Luego, la segunda noche en Yugashima, los actores habían llegado a la posada para actuar. Sentado en los travesaños de la precaria escalera, había contemplado intensamente a la joven mientras bailaba sobre el piso de madera de la entrada.

«Si estaban en Shuzenji el otro día y están en Yugashima esta noche, entonces probablemente irán mañana a las termas de Yugano en la ladera sur del desfiladero Amagi. Seguramente, podré alcanzarlos en algún punto de los veinticuatro kilómetros de camino montañoso que pasa por Amagi». Eso había fantaseado aquel día a medida que me apresuraba por el camino. Ahora, habíamos terminado amparándonos de la lluvia en la misma casa de té. El corazón me latía con fuerza.

Enseguida, la anciana encargada de la casa de té me condujo a otra habitación. En apariencia no se usaba con regularidad y no poseía puertas corredizas de papel. Cuando observé el magnífico valle a través de la ventana, apenas pude distinguir el fondo. Se me puso la piel de gallina. Me castañeteaban los dientes y temblaba. La anciana volvió para servir té. Le dije que sentía frío.

—Está empapado, ¿no, señor? —Hablaba con enorme respeto—. Venga aquí un momento. Séquese la ropa.

Tomándome de la mano, me condujo hasta su propia sala.

Había un brasero en medio de la habitación. Cuando ella abrió la puerta del brasero, circuló aire caliente. Me quedé en el umbral, vacilante. Un viejo estaba sentado con las piernas cruzadas junto al fuego, el cuerpo pálido e hinchado como el de un ahogado. Volvió sus lánguidos ojos hacia mí. Tenía las pupilas de color amarillento, como si

estuvieran podridas. A su alrededor, había montones de viejas cartas y fragmentos de papel. Casi lo sepultaban. Me quedé tieso, mirándolo fijamente, preguntándome cómo podía estar viva esa encarnación de un misterio en medio de las montañas.

—Me avergüenza que lo mire usted de ese modo. No se preocupe. Es mi viejo esposo. Puede que tenga un aspecto desagradable, pero no puede moverse. Por favor, tenga paciencia con él.

Después de esa disculpa, la anciana me explicó que su esposo sufría desde hacía varios años de una debilidad muscular y ahora casi su cuerpo entero estaba paralizado. Las montañas de papel eran, en realidad, correspondencia recibida de toda posible fuente en donde se describiera un tratamiento para la parálisis, más los paquetes de los remedios que el viejo había encargado a lo largo y ancho del país. Cada vez que oía acerca de un tratamiento por parte de los viajeros que cruzaban el desfiladero o veía una publicidad en el diario, nunca dejaba de solicitarlo. Amontonaba los papeles a su alrededor y los miraba fijamente; nunca desechaba ninguno. A lo largo de los años había acumulado montañas de trozos de papel envejecido.

Sin decirle una palabra a la anciana, me incliné sobre el brasero. Un automóvil que pasaba por el desfiladero sacudió la casa. Me pregunté por qué el viejo no se mudaba a un sitio más bajo; con el otoño ya instalado, el frío y la nieve pronto cubrirían el desfiladero. Salió vapor de mi quimono. El fuego era tan fuerte que me quemaba la cara. La anciana regresó a la sala de té, comentándole a una de las artistas:

—Entonces, esta es la pequeña que antes tenía con usted. Se ha convertido en una muchacha tan agradable. Eso es bueno para usted. Lo linda que se ha vuelto. Las muchachas crecen tan rápido.

Aproximadamente una hora más tarde, oí a los actores preparándose para marcharse. Yo tampoco me había acomodado para quedarme, pero sentía tanta ansiedad que no tenía el coraje para ponerme de pie. Aunque eran avezados viajeros, caminaban al paso de una mujer, así que sin duda podría alcanzarlos aun cuando me marchara con un par de kilómetros de desventaja. De todos modos, sentado junto al brasero, me impacienté. Una vez que los artistas se hubieron marchado, mis ensueños comenzaron una vívida e imprudente danza. La anciana regresó después de haber despedido a los actores.

—¿Dónde se quedan hoy a la noche? —pregunté.

—No hay manera de saber dónde va a quedarse gente como esa, ¿no es cierto, joven? A donde sea que puedan atraer una audiencia, allí es donde se quedan. No importa el lugar. No creo que gente de esa clase haya pensado en uno.

El desdén que se ocultaba en las palabras de la mujer me movilizó de tal manera que pensé para mis adentros: «Si eso es verdad, entonces haré que la bailarina se quede conmigo esta noche en mi habitación».

La lluvia cesó y la cima de la montaña se despejó. La vieja intentó demorarme más tiempo, diciéndome que el cielo estaría limpio por completo si tan solo esperara diez minutos. Pero yo no podía quedarme sentado allí.

—Por favor, cuídese —le dije al anciano—. Hará más frío —le hablaba con sinceridad mientras me ponía de

pie. Sus ojos amarillentos giraron y asintió levemente con la cabeza.

—¡Señor! ¡Señor! —La vieja me siguió hasta afuera—. Esto es demasiado dinero. No puedo aceptarlo. —Tomó mi bolso con ambas manos y se negaba a entregármelo. No escuchaba, no importaba cuánto intentara yo disuadirla. La mujer dijo que me acompañaría un rato por el camino. Repetía las mismas palabras al tiempo que se bamboleaba detrás de mí a lo largo de unos cien metros.

—Es demasiada generosidad. Disculpe que no lo hayamos atendido mejor. Me aseguraré de no olvidar su rostro. Cuando pase por aquí nuevamente, haremos algo especial para usted. Asegúrese de parar aquí la próxima vez. No lo olvidaré.

Parecía trastornada en extremo, como si estuviera al borde de las lágrimas, simplemente porque le había dejado una moneda de cincuenta sen. Pero yo sentía impaciencia por alcanzar a los bailarines, y el ritmo senil de la vieja me estorbaba. Por fin, llegamos al túnel del desfiladero.

—Muchas gracias —dije—. Mejor regrese allí ahora. Su esposo está completamente solo. —La anciana finalmente soltó el bolso.

Frías gotas de agua se desplomaban dentro del túnel oscuro. Adelante, el diminuto portal que conduce al sur de Izu se tornaba cada vez más brillante.

2

El camino de montaña, salpicado a uno de los costados con estacas pintadas a la cal, bajaba desde la boca del

túnel como un relámpago dentado. La escena semejaba un paisaje en miniatura. Podía distinguir a los actores itinerantes allá abajo. Antes de haber recorrido un kilómetro, los alcancé. Hubiera sido demasiado obvio disminuir el paso abruptamente, así que con aire despreocupado pasé a las mujeres. Cuando el hombre que caminaba a unos veinte metros de los demás notó mi presencia, se detuvo.

—Usted camina rápido... Tenemos suerte de que el tiempo haya despejado —dijo.

Aliviado, seguí al paso del hombre. Me hizo todo tipo de preguntas. Al ver que hablábamos, las mujeres se apuraron para unirse a nosotros.

El hombre cargaba un gran baúl de mimbre en la espalda. La mujer de unos cuarenta años llevaba un cachorro en los brazos. La muchacha mayor acarreaba un atado de ropa. La joven del medio también tenía un baúl de mimbre. Cada uno transportaba algo. La bailarina llevaba en la espalda un tambor con pie. Poco a poco, la mujer que aparentaba tener unos cuarenta años comenzó a hablarme.

—Es un estudiante de los grados superiores —le susurró la muchacha mayor a la bailarina. Cuando me di vuelta, sonrió—: Es cierto, ¿no? Por lo menos sé eso. Los estudiantes siempre visitan la isla.

Eran originarios de la ciudad portuaria de Habu en Oshima, la isla más grande del extremo sur de la península de Izu. Habían deambulado de un lado a otro desde que partieron de la isla en la primavera, pero se estaba poniendo frío y no habían realizado aún los preparativos para el invierno. Dijeron que planeaban quedarse en Shimoda por tan solo diez días y luego cruzar a la isla desde las termas de Ito. Ante la sola mención de Oshima, sentí

aún más lo poético de la situación. Nuevamente, eché una ojeada al encantador cabello de la bailarina. Realicé preguntas sobre Oshima.

—Muchos estudiantes llegan a la isla para nadar, ¿no? —le dijo la bailarina a la joven que la acompañaba.

Di media vuelta en dirección a las jóvenes.

—En el verano, ¿cierto?

La bailarina pareció turbada.

—En el invierno también —me pareció oír que respondía en voz muy baja.

—¿En el invierno también? —pregunté.

La bailarina simplemente miró a su compañera y lanzó una risita nerviosa.

—¿Puede uno nadar en el invierno también? —pregunté de nuevo. La bailarina se ruborizó. Asintió, con una expresión seria.

—Esta muchacha es tan tonta —dijo la mujer más vieja, riendo.

El camino a Yugano recorría unos catorce kilómetros a través del valle del río Kawazu. En ese lado del desfiladero, incluso las montañas y el color del cielo comenzaban a tener un aspecto más sureño. A medida que conversábamos, el hombre y yo empezamos a sentir agrado uno por el otro. Cruzamos por pueblos diminutos con nombres como Oginori y Nashimoto. Cuando los techos de paja de Yugano se hicieron visibles al pie de la montaña, me atreví a decirle al hombre que quería viajar con ellos a Shimoda. Pareció encantado.

Cuando llegamos a un albergue barato en Yugano, la mujer más vieja movió la cabeza como si se despidiera. Pero el hombre habló por mí:

—Este joven caballero ha ofrecido gentilmente acompañarnos.

—Bueno, bueno. Como dice el viejo refrán: «En el camino, un compañero de viaje; en el mundo, gentileza». Incluso gente aburrída como nosotros lo ayudará a pasar el tiempo. Entre y descanse —hablaba sin formalidad. Las muchachas me miraron todas a la vez. Cesaron de hablar, los rostros aparentemente indiferentes. Luego, las miradas se convirtieron en desconcierto.

Subí con ellos al piso superior y dejé el bolso. Las esterillas entretejidas del piso y los paneles corredizos de papel eran viejos y estaban sucios. La bailarina trajo té desde la planta baja. De rodillas frente a mí, enrojeció vivamente. Le temblaban las manos. La taza casi se salió del plato. La colocó sobre la esterilla para impedir que se cayera, pero derramó el contenido por completo. Yo estaba asombrado ante su timidez.

—Santo cielo. Está comenzando a pensar en el sexo opuesto. ¡Qué asco! ¡Miren eso! —la mujer mayor frunció el ceño consternada y le arrojó un repasador a la joven, quien lo tomó y secó la esterilla con visible incomodidad.

Sus palabras me tomaron desprevenido y reconsideraré mis sentimientos. La ilusión que la mujer más vieja había encendido dentro de mí en el desfiladero se había destruido.

—El quimono índigo del joven estudiante es muy atractivo —acotó la mujer, los ojos fijos en mi persona—. El diseño es el mismo que el de Tamiji, ¿no? ¿No es el mismo?

Después de apremiar a las muchachas varias veces, me habló:

—Tenemos otro hijo en casa que todavía está en la escuela. Pensaba en él. Tiene el mismo quimono que usted. Los quimonos índigo son tan caros en estos días, no sé qué hacer.

—¿Qué tipo de escuela?

—Escuela primaria, quinto grado.

—Oh, ¿tienen quinto grado?

—La escuela no está en Oshima. Está en Kofu. Hace tiempo que vivimos en Oshima, pero Kofu es nuestro lugar de origen.

Después de que descansamos durante una hora, el hombre me condujo a otra casa de baños. Hasta el momento, yo había supuesto que estaríamos en la misma posada con los actores. Caminamos alrededor de unos cien metros por un sendero de grava y bajamos algunos escalones de piedra, luego cruzamos un puente cerca de un baño público ubicado junto a un arroyo. El jardín de la posada estaba al otro lado del puente.

Me metí en la pileta del baño termal y el hombre hizo después de mí. Me dijo que tenía veinticuatro años. Su esposa había perdido dos niños, uno en un aborto espontáneo y el otro porque había nacido prematuro. Supuse que era de Nagaoka, puesto que tenía el emblema de las termas de Nagaoka prendido en la chaqueta. Su actitud intelectual al hablar y sus gestos faciales hicieron que me preguntara si había estado siguiendo a los actores y llevándoles el equipaje simplemente por curiosidad o, quizá, porque se había enamorado de alguna de las muchachas.

Almorcé tan pronto como salí del baño. Había abandonado Yugashima a las ocho de la mañana y aún no eran las tres de la tarde.

Mientras el hombre se encaminaba al portón de la posada, levantó la vista a mi ventana para despedirse.

—Cómprase algunos caquis o algo por el estilo. Disculpe. Esta es una manera tan grosera de entregárselo, desde el segundo piso. —Arrojé unos billetes. El hombre se resistió a aceptarlos y dio media vuelta para marcharse, pero no podía dejar el dinero en el jardín, así que volvió y lo recogió.

—Usted no debería hacer estas cosas —dijo, arrojando el dinero de vuelta a mi ventana. Aterrizó en el techo de paja. Cuando se lo tiré por segunda vez, se lo llevó.

Cerca del atardecer, comenzó a llover. Las montañas se destiñeron y perdieron profundidad. A medida que lo observaba, el pequeño arroyo frente a la posada se volvía amarillo. El sonido del agua que corría se hizo más fuerte. Pensando que los actores nunca vendrían a buscar espectadores en medio del torrente, no podía serenarme, así que me metí en el baño dos o tres veces más. Mi habitación era deprimente. Una lámpara eléctrica colgaba de una abertura cuadrada hecha en la pared entre mi cuarto y el contiguo, para poder iluminar así las dos habitaciones.

«Tam, tam, tam». A la distancia, más allá del repiqueteo de la lluvia, se elevaban los ecos tenues de un tambor. Abrí uno de los postigos y me apoyé en la ventana. El tambor parecía acercarse. La lluvia y el viento me azotaron la cabeza. Cerrando los ojos y haciendo un esfuerzo para escuchar, intenté precisar la ruta del tambor que se acercaba. Unos minutos más tarde, oí el sonido de un samisen. Oí el prolongado grito de una mujer. Oí una carcajada estrepitosa. Supuse que habían

llamado a los actores a la sala de banquetes de la posada que se hallaba frente a la de ellos. Podía distinguir las voces de dos o tres mujeres y de tres o cuatro hombres. Tenía esperanzas de que, una vez que la fiesta hubiera concluido, se desplazaran hacia mi lugar, pero parecía que la celebración pasaría el punto del alegre emborrachamiento y se disolvería en una necedad bulliciosa. Cada tanto, la voz aguda, chillona, de una mujer rasgaba la noche como si fuera un rayo. Yo estaba con los nervios de punta. Dejé el postigo abierto y simplemente permanecí junto a la ventana. Sentía cierto consuelo cada vez que oía el tambor.

—Oh, la bailarina está aún en la fiesta. Está sentada, tocando el tambor.

No soportaba el silencio cuando el tambor cesaba. Me hundí en las profundidades del sonido de la lluvia.

Podía oír nítidamente confusos pasos: ¿estaban jugando a la mancha o danzaban en círculo? Luego, todo quedó en silencio. Abrí los ojos bien grandes, intentando observar a través de la oscuridad ¿Qué era esta quietud? Me atormentaba, preguntándome si la noche de la bailarina tendría una mácula.

Cerré los postigos y me arrastré hasta la cama, pero sentía el pecho oprimido. Bajé de nuevo para tomar un baño. Agité el agua. Dejó de llover y salió la luna. La noche otoñal era resplandeciente, despejada por la lluvia. Salí de la casa de baños descalzo, pero no pude hacer nada. Eran más de las dos de la madrugada.